

“El primer día de la semana, al rayar el alba, las mujeres volvieron al sepulcro con los aromas que habían preparado y encontraron la piedra del sepulcro corrida a un lado. Entraron, pero no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. Estaban aún perplejas, cuando dos hombres se presentaron ante ellas con vestidos deslumbrantes. Llenas de miedo, hicieron una profunda reverencia. Ellos les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado. Recordad lo que El dijo cuando estaba en Galilea. Que el hijo del hombre debía ser entregado en manos de pecadores, que iban a crucificarlo y que resucitaría al tercer día.”

A ti, Cristo resucitado, a ti vencedor de la oscuridad, a ti luz cegadora que anuncias la vida eterna. A ti te invoco en éste instante crucial, en éste singular momento y humildemente, te pido que esclarezcas mi mente, que me concedas, aunque sea temporalmente, el don de la elocuencia, que tu espíritu conduzca mi palabra con especial convicción, porque hoy quiero ser por un instante, el heraldo de tu gloria, hoy quiero dar público testimonio de mi fe y la de mis hermanos aquí congregados, testimonio de nuestras inquebrantables creencias y convicciones, por ello, afirmo con emoción contenida e infalible seguridad, que Tú, eres el hijo de Dios, que tú eres el Mesías esperado, que tú has vencido, gloriosamente, a la fría quietud de la muerte, que has resucitado, tal como anunciaste, para dar por fin, un nuevo horizonte y una renovada esperanza a nuestras vidas.

Me atrevo a pedirte, Maestro, que, en compañía de tu Santísima Madre, cuyo nombre ostenta y proclama el triunfo de tu

resurrección, se establezca y percibamos ésta noche entre nosotros, vuestra bendita presencia espiritual, para que podamos dar verdadero sentido a ésta reunión de buenos cristianos, a éste sencillo pero sincero y piadoso acto de fe. Que así sea.

Queridas hermanas y hermanos, buenas noches a todos y gracias por vuestra asistencia.

Os ruego permitáis que mis primeras palabras sean de agradecimiento. Agradecimiento a la Hermana Mayor y a la Junta de Gobierno de la Venerable Hermandad de Nuestro Señor de la Resurrección y Santa María del Triunfo, por haber tenido a bien elegirme para realizar éste pregón. Os aseguro, que para mí constituye un honor y un privilegio. Me siento altamente honrado por tener la oportunidad de pregonar a una Hermandad por la que desde siempre he sentido una gran admiración y respeto. Además mi satisfacción es aún mayor por poder hacerlo en un año tan significativo y especial como éste, en el que se cumplen los 25 años, el cuarto de Siglo, de vuestra fundación, aniversario que coincide, felizmente, con la declaración de nuestra hermosa y querida Semana Santa como acontecimiento social y por supuesto religioso, de interés turístico internacional.

Permitidme igualmente que, en éste apartado de agradecimientos, conceda un lugar muy especial a mi querido amigo Fernando, ya que me consta que fue él quien propuso mi nombre a la Junta de Gobierno, para el pregón de éste año. Todos sabemos cuán importante y decisiva fue la labor de Fernando en el inicio y gestación de ésta Hermandad. Y aun hoy en día, a pesar de no estar vinculado directamente en las labores

directivas, la Hermandad sigue siendo para él una parte importantísima y fundamental de su vida

Gracias Fernando, de nuevo, por acordarte de mí y considerarme tan bien como tú lo haces.

Igualmente y esperando, por supuesto, recibir para ello, vuestra venia; me gustaría dedicar éstas palabras a Carmen, mi mujer, faro, ancla y motor principal del azaroso barco de mi vida, a Miguel y Víctor, mis hijos mayores, soldado el uno, futuro cocinero el otro, a los que dedico cada minuto de mi existencia intentando que sean honrados, trabajadores y buenos cristianos. Y a mi pequeño Alfonso, cofrade, rociero, feriante, aficionado a todo lo que a mí me gusta y para el que no tengo palabras para describir cuanto le quiero.

Por último, pero no por ello menos intenso, quisiera ampliar ésta dedicatoria a mis muy queridos amigos, que tan cerca están de mí en los momentos necesarios e importantes, porque no poseo, riqueza ni tesoro más valioso que el de su amistad.

Sólo me queda, queridos hermanos, esperar que las palabras que humildemente he plasmado en éstos folios, con más corazón y buena voluntad que auténtico mérito y capacidad, sean de vuestro agrado, que lleguen, aunque sea levemente a tocar alguna fibra de vuestros cofrades corazones y sobre todo, sirvan para honrar y glorificar a nuestro Señor Jesucristo Resucitado y a su Madre Bendita.

Dios Padre, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible, que nos ha hecho el impagable regalo de la vida, tuvo a bien concedernos a todos los que estamos aquí, un obsequio añadido, tuvo a bien otorgarnos, digamos, una gracia adicional, que no es otra, que la de haber nacido o vivir en ésta ciudad sin igual, que llamamos Granada.

Porque, hermanos, Granada es sin lugar a dudas un regalo del cielo. Un regalo para los sentidos, para el espíritu y el intelecto. Ya sé, ya sé que podéis estar pensando que ésta afirmación puede ser, en éste momento, simplemente oportunista, un fácil recurso poético, porque seguramente a la mente os vienen de pronto, el tráfico, las obras, el ruido y la polución. Pero es que esa no es la Granada a lo que yo me refiero. Yo os hablo de la Granada que Dios nos concedió y de la que generaciones de artesanos, artistas y hombres de buena voluntad han ido creando, a través de los siglos, día a día, generación tras generación.

Granada no es una ciudad sino muchas al mismo tiempo. Es un fascinante caleidoscopio de sensaciones, un lugar capaz de mantener en continuo estado de alerta a tus sentidos, sorprendiendo y zarandeando tu espíritu con nuevas y sorprendentes sensaciones estéticas, en cada rincón, en cada calle, en cada plaza. Granada está dotada de una increíble diversidad. Ciudad de tremendos contrastes, de caniculares chicharras veraniegas y gélidos inviernos de escarcha. De exquisitas filigranas nazaríes y extasiadas volutas barrocas, de solemnes y adintelados sillares al romano estilo y humildes ladrillos vidriados mudéjares. De garrapiñadas en Gran Vía, y chocolate en Bibrambla, de zambras en una cueva y sinfonías de auditorio, de tesoros de anticuario en calle Elvira y exóticos tés

orientales en la Calderería, de incienso de Domingo en las Pasiegas y dulce pastelería en Plaza Larga, de especias y azafrán en Cárcel Baja y flores y rojas velas de oración ante el Cristo de los Favores, en el Campo del Príncipe.

Granada, ha tenido y tiene un magnetismo irresistible. Cuántos viajeros y geógrafos a lo largo de la historia, se han visto obligados a echar mano de sus palabras más lisonjeras, de sus adjetivos más grandilocuentes, para describir con acierto las increíbles sensaciones que la contemplación de ésta ciudad producía en sus pupilas y sus espíritus. Cuántos genios de la pintura, han tenido que inventar colores que no existían para poder plasmar en sus lienzos la irrepetible luz y la inmaculada transparencia de los cielos de Granada. Cuantos compositores han, por fin, encontrado en Granada la paz y el sosiego y sobre todo, la inspiración necesaria para imaginar las más hermosas músicas y melodías.

Estoy convencido de que en muy buena medida, Granada le debe su personalidad y su estilo, al carácter que le imprimen sus barrios, todos ellos cargados de historia, de costumbres y tradiciones seculares. Granada tiene tantos barrios, como su propia y variopinta identidad.

Realejo, Albaicín, Sacromonte, Zaidín-Vergeles, Chana, Cartuja El Cerrillo, El Fargue, Cervantes, Mirasierra, San Lázaro, Figares, Bola de Oro, Casería de Montijo, Haza Grande, San Ildefonso, Las Angustias, La Bobadilla ,los Pajaritos, La Cruz, Sagrario, San Matías....

Todos y cada uno de ellos, en su diversidad, aportan a Granada alguno de los ingredientes, algunos de elementos que la hacen

tan especial. El urbanismo, la arquitectura, los monumentos, los mercados, las fiestas populares...

Este barrio del Zaidín-Vergeles que hoy nos acoge, el más populoso de toda Granada, surgió, como es sabido, de los, en aquellos entonces, llamados planes de alineaciones, unos planes, ciertamente ambiciosos, que en nuestro país pretendían modernizar y organizar las anticuadas estructuras urbanas de algunas ciudades españolas. En la nuestra se le llamó pomposamente, Plan general de reforma de Granada.

Corrían los años cuarenta y cincuenta del pasado siglo. Curiosamente aquellos planes urbanísticos estaban directamente inspirados en las reformas que se promovían en otros países europeos.

A dos grandes alcaldes de ésta ciudad debemos la existencia de éste barrio. Gallego Burín, que lo imaginó y proyectó y Sola Rodríguez Bolívar que lo ejecutó con la intervención de recordados organismos locales como el Patronato de Santa Adela, dependiente del Gobierno Civil y la Obra Sindical del Hogar.

A partir de su creación el barrio tuvo un crecimiento desordenado y espontáneo. El barrio creció de una forma sorprendente, sin planificación, ni infraestructuras ni apenas equipamientos y con muy precarios accesos.....pero curiosamente en 1976 el barrio tiene treinta mil habitantes.

Aquí radica, en mi opinión, la peculiaridad y la grandeza de éste barrio. Creció como crece la gracias de Dios. Se multiplicó como los panes y los peces, contra todo pronóstico, contra todas las dificultades y contratiempos. Y lo hizo, porque su gente supo resistir, supo aguantar y ser paciente en los tiempos difíciles,

porque pusieron al mal tiempo buena cara, porque confiaron en ellos mismos, porque unieron codo con codo y se empeñaron en hacer de éste rincón de Granada un lugar bonito y agradable para vivir y trabajar. Supieron recibir y acoger a los que iban llegando y hacer con ellos una piña, un grupo humano diverso pero con un mismo espíritu luchador, incansable y animoso.

Buena prueba de lo que afirmo, son la palabras del profesor Bosque Maurel el cual, aseguraba ya en 1962 que, “además de las primeras viviendas bajas habitadas por obreros y peones, empezaban a surgir un importante número de viviendas en altura, habitadas por clase media, funcionarios, militares, técnicos, profesionales liberales, oficinistas, dependientes de comercio y obreros cualificados.” El barrio, decía, “demuestra un gran potencial demográfico y social, su nivel cultural es elevado y creciente y su grado de juventud muy alto con muchos matrimonios recientes y numerosos nacimientos de niños.”

Esa es, en mi opinión, la aportación de éste barrio a la realidad de Granada, la del increíble y envidiable espíritu de su gente. Aquí no hay grandes monumentos antiguos, ni edificios emblemáticos, pero hay hombres y mujeres independientes, luchadores, creativos, solidarios, emprendedores y con espíritu de superación. Hay en éste barrio un sentimiento colectivo de pertenencia a un grupo y a un lugar concreto que anima a trabajar de forma voluntariosa y especial.

Virtudes admirables que contrastan con la cierta apatía y desentendimiento del que, a veces, hacen gala otros granadinos, metámonos todos y sálvese el que pueda.

La Venerable Hermandad de Nuestro Señor de la Resurrección y Santa María del Triunfo, es una consecuencia positiva más, un

nuevo y hermoso fruto, de esta bonita forma de hacer barrio que aquí practicáis.

Allá por el quinto año de los años ochenta del pasado siglo un animoso grupo de cristianos guiados por la Fe y la divina providencia, decidieron aunar esfuerzos para hacer realidad el ilusionante proyecto de fundar una Hermandad en el corazón de éste emblemático barrio de los Vergeles. Una Hermandad que centraría sus devociones en el misterio y el dogma de la Resurrección de Nuestro Señor.

Por fin....ya era hora. Alguien finalmente tuvo la iluminación suficiente para comprender la necesidad de incorporar la advocación del Cristo Resucitado a la Semana Santa de Granada.

Porque....si...ciertamente, durante largos años, los cofrades granadinos que vivimos día a día y con intensidad nuestra Semana Mayor, hemos seguido, hemos contemplado a nuestro Maestro entrar radiante y feliz en Jerusalén, entre palmas y vítores, también lo hemos visto partiendo el pan con sus discípulos, mientras les anuncia su inminente pasión y llorar sólo y desesperado entre las sombras de los olivos, lo vimos cautivo y preso, sin que nadie ofrezca su rescate, azotado cruelmente y presentado al pueblo para oír su sentencia y las crueles burlas del populacho, mientras, entre carcajadas, le nombran rey, le coronan de espinas y le entregan una caña como cetro real. Hemos sufrido viéndole cargar con el madero y caer una y otra vez destrozando su bendito rostro, bajo su infame peso. Le hemos visto despojado, clavado cruelmente en la cruz y atravesado su pecho por la lanza de Longinos. Lloramos al verle expirar, elevando, desesperado, sus ojos al Padre y morir agotado y en silencio. Rezamos resignados ante su cuerpo inerte

en brazos de su Madre y finalmente descansando de tanto dolor sobre el sudario.....

Pero.... A ésta dolorosa historia de la Pasión en Granada le faltaba algo... a todos nos faltaba lo más importante... la pregunta estaba en el aire. ¿De qué ha servido tanto dolor, de qué ha servido tanto sufrimiento, si no lo vemos resucitado, glorioso y triunfante... tal y como Él nos dijo, tal y como Él nos prometió...?

Pues, como dicen los castizos, “estaría de Dios”, tenía que ser éste barrio, este barrio y no otro, el que le hiciera a Granada el impagable regalo de entregarle, de mostrarle a nuestro Maestro, excelso y poderoso, como vencedor de la muerte, como demostración viva de la inmortalidad del alma del creyente. Y quiso mostrárselo además acompañado de su Madre, triunfante, bella y majestuosa, culminando, feliz y orgullosa, junto a su hijo el divino proyecto de la redención de los hombres.

Así; todo tenía de pronto sentido, la Semana Santa de Granada tenía, finalmente, un principio y un fin coherente, un alfa y omega, crepúsculo y amanecer.

Tras seis días de sufrimiento y de dolor, la esperanza, la salvación llegaba por fin a Granada, cruzando el puente, desde el Zaidín-Vergeles.

Muchas veces me he preguntado, porqué, a través de los siglos, los cristianos en todo el mundo hemos prestado mayor atención y hemos venerado, con más intensidad, ciertos momentos de la vida y pasión de Jesús, como su nacimiento, la institución de la Eucaristía en la última cena o su muerte en la cruz, los cuales,

aun siendo, sin duda, decisivos e importantísimos en el contexto de la redención, no lo son tanto, a mi parecer, como el momento y el hecho de su resurrección.

Creo firmemente que la resurrección de Jesús es el acontecimiento más importante de toda la historia de la salvación y sobre todo, la primera y principal verdad de nuestra fe.

Los Apóstoles comenzaron su predicación, con éste hecho crucial e indiscutible. Jesús había resucitado. Todo su mensaje giró en torno a éste increíble acontecimiento.

En la resurrección de Jesús, se fundamenta nuestra fe. Si Él, no hubiera resucitado, la Iglesia no podría anunciar ninguna buena noticia de salvación para nadie.

Jesús resucitado, no es un “fantasma” ni un alma inmortal. Es un hombre completo con un cuerpo vivo que ha sido liberado de la muerte, del dolor y de las limitaciones materiales.

Con la resurrección de Jesús, Dios Padre rehabilita su causa y su persona. Él es su hijo, el Cristo, el Mesías esperado.

No podemos olvidar, hermanos, que no es lo mismo revivir que resucitar. El que revive, vuelve a éste mundo, pero el que resucita, vence y escapa definitivamente de la muerte y traspasa para siempre las fronteras de esta vida terrenal.

Las palabras que el apóstol San Pablo dirige en una de sus cartas a los Corintios, creo que de todos conocidas, resultan enormemente explicativas y clarificadoras de lo que hasta aquí hemos afirmado, cuando les decía:

“Hermanos, si Cristo no hubiera resucitado, nuestra predicación no tendría contenido, ni la fe de ustedes, tampoco. Es más, sin la resurrección, seríamos los más desgraciados de los hombres, porque habríamos puesto nuestras esperanzas en un pobre fracasado que terminó en la muerte como todos los mortales y además de la peor manera. Pero no fue así. El resucitó. Y la mejor noticia es que si Él lo hizo, nosotros también lo haremos. Es un hecho, por tanto, que afecta a toda la humanidad.”

Gozamos por tanto, hermanos, gracias a la resurrección de Cristo, de un nuevo horizonte para la vida y de un sentido para la muerte. La vida es el camino de esperanza, que nos lleva de vuelta al destino final, que nos otro que Dios Padre.

Todas estas cosas tan trascendentales considero Maestro, cuando, al llegar la primavera, te contemplo glorioso, por las calles de mi Granada. Te contemplo y admiro tu bello y sereno rostro, tu mirada tranquila que irradia la infinita paz de aquel que ha traspasado los muros de la inmortalidad y ha perdonado, completamente, a todos aquellos que le hicieron daño.

En todo esto pienso, mi Cristo resucitado, cuando rodeado de perfumadas nubes de incienso, te veo cruzar el río mientras me muestras tus llagas, heridas que ya no sangran, cicatrices que ya no duelen, pero que recuerdan tu cruel pasión y se convierten en símbolos de tu anunciada victoria.

Sobre esas verdades medito, mi Señor, cuando, perdido entre la multitud, contemplo, emocionado, tu victorioso estandarte, tu insigne bandera de paz, que se alza potente, sobre las doradas corazas y orgullosos plumíferos romanos, ahora derrotados y humillados por el poder de tu gloria inmortal.

Amadísimo Salvador mío, tu antigua humana corporeidad, que vi destrozada y destruida por la infinita crueldad humana, resurge y aparece ahora ante mí, bella y poderosa, elevándose sobre la tierra que la oprimía y abriendo los brazos en un supremo gesto de cálida, fraternal e infinita clemencia

Hermanos costaleros que portáis a Cristo resucitado, os pido un supremo esfuerzo, una chicotá interminable, para llevarle a todas partes, como sólo vosotros sabéis hacerlo.

Llevalde con todo el esfuerzo y amor que sólo vosotros sabéis entregar y que su imponente figura aparezca en todas partes, como lo hizo aquel día feliz e irrepetible, ante la Magdalena, junto al sepulcro, o ante sus discípulos en el camino de Emaús, o en el lago Tiberíades o cerca de Betania, momentos antes de partir junto al Padre.

Llevalde, como sólo vosotros sabéis hacerlo, para que todos le vean, para que todos crean, para que todo el mundo conozca la buena nueva, para que todo el mundo disfrute la dicha de su amable presencia, para que nos conceda su bendición y su protección divina.

Señor, tres días llevo sin verte.

Tres días con sus noches

De amarga soledad.

Tres días sin tu presencia

Sin un momento de paz.

Tres jornadas de silencio

De humano sufrimiento,

De amarga desolación

De solitario lamento.

Tres días hace que te vi torturado

Clavado en tu cruz

Tu pecho atravesado,

Bajo un cielo sin luz

De nubes tenebrosas

Tu divino ser

Por el dolor arrasado.

Pero hoy es diferente.

Hoy siento tu presencia

La piedra ha rodado, el sepulcro abierto.

Has vuelto a la vida

Ya no sufro tu ausencia.

Has resucitado, tu promesa has cumplido

Te han visto por el camino
Serenos, radiantes y glorificados.

Todo ha terminado.
Hoy es el día de la Alianza,
Resucitas y salvas al mundo
Señor, del primer pecado.

Y cerca.....muy cerca, apenas a unos pasos, sin apartar sus ojos de El....su Madre, María...siempre María.

María Santísima del Triunfo, Madre queridísima de sublime hermosura que acompaña a su hijo y pasea su nombre por las calles de Granada.

Ella pasea el triunfo de la esclava del Señor, que jamás dijo que no a los designios del Todopoderoso e inclinó su cabeza humilde y sencilla ante las palabras del ángel.

El triunfo de la mujer que trajo al mundo al rey de reyes en el lugar más pobre que imaginarse pueda y lo llenó de luz, con su sola presencia, su amor y su dulzura.

El de la Madre que conoce bien a su hijo y su trascendental misión en la tierra y le anima con suavidad pero con firmeza a comenzarla en aquellas Bodas de Canaán.

El triunfo, en suma, de quien supo soportar y sobreponerse al dolor más intenso, contemplando impotente la pasión y muerte

injusta y cruel de su hijo amado, el triunfo del amor, de la fe, la entrega, la confianza y la obediencia.

Ella y no otra es la que cada día de nuestras vidas se convierte en el ejemplo a seguir, nuestro norte y guía, la que cada año inunda nuestras calles con su cegadora blancura al llegar la Pascua. La que ilumina, como rayo de luna, toda Granada desde su fulgurante palio plateado, en esos días en los que el aire empieza a oler a flores y las golondrinas tejen en el cielo azul añil, sus fantásticas mallas de vuelos imposibles.

Santa María

Del Triunfo Señora,

Serenísima Reina

Luz y pureza

Esperanza y vida

Envuelve tu rostro

De serena belleza.

Blanquísimo palio

Celosía transparente

Camarín nacarado

Sutil filigrana

Relicario de plata
De luceros incrustado.

Tus ojos no lloran
Y tras días de penas,
Tu boquita rosa
Una leve sonrisa
De alegría esboza.

Llegó el tercer día
La vida ha triunfado
Tu hijo es el Rey
Y vence al pecado.

Los ángeles llevan
De tu palio la cruz hacia el cielo.
No hay martirio sino gloria,
De tus penas levantas el velo.

Vienes abriendo calle,
Gloriosa, cruzas el puente

Desde los Vergeles
Sobre los costales
De tu buena gente

En la Carrera, Granada te espera

Y va a recibirte

Te aclama y te dice:

Carita de cera,

Sonríe tranquila y olvida tus penas

Lirios morados son ya azucenas.

Todo ha acabado

No más llantos ni esperas.

Tu hijo ya reina

De Dios Padre a la diestra

Cántos de gloria

Jesús ha vencido

Ha resurgido

De la oscuridad

Aleluya!!!

Campanitas anuncian tu paso
Sembrando alegría.
Como aquellas que un día dijeron
A aquellos pastores
Que en un pobre pesebre
Ha nacido el Mesías.

María vestida de blanco
De sol y de luna
De plata y marfil
Bajo tu palio calado
Bajo tu cálido manto
Quisiera vivir,
A salvo de todo peligro,
Jamás separarme de ti.

Santa María del Triunfo
Reina gloriosa de los Vergeles,
Fulgurante rayo de luna
Blanca rosa de primavera

Naciste humilde y pura
Entre espigas de la vega.

Bendito sea tu rostro de Reina y Madre

De labios recortados como fina taracea

Bendita tu amable y cálida mirada

Profunda como el amor

Que yo guardo para darte

Hermosa “granaina” de ojos negros

Tus suaves y cálidas manos,

Nos apartan del abismo

Y nos llevan caminando

Con paso firme y confiado,

A la vera de Dios mismo.

Soberana de un barrio

De nobles y buenos cristianos

Que hacen de sus casas templo,

Y de su trabajo oración

Y de su oración un canto

Canto de gloria a ti dedicado

Salido de lo más profundo,

Santa María, Reina y Señora

Santa María del Triunfo.

Madre, vengo hoy también a pedirte, a pedirte protección, ayuda y consejo.

Porque a veces, me siento algo perdido y confuso. Son estos tiempos difíciles para nosotros los creyentes. Este mundo frenético y descarnado que habitamos, se empeña en dejarle cada vez menos espacio a Dios. El poder económico, el nivel social, el status, la apariencia exterior, el culto al cuerpo, son los nuevos ídolos que emergen incesante y obstinadamente por todas partes y obstruyen nuestro camino recto.

Madre, me preocupa profundamente que asuntos tan incuestionables como el respeto a la vida tanto del nacido como la del que aún no lo ha hecho, el respeto a los padres, a los ancianos, a los menores y en general a la naturaleza y a los seres vivos que comparten este mundo con nosotros, sean temas ahora sin la más mínima relevancia y que se transgreden un día tras otro ante la indiferencia de casi todos y el sentimiento de impotencia de muchos otros.

El nuestro, se está convirtiendo en un mundo sin valores morales y espirituales. Me produce un enorme desasosiego comprobar que muchos de nuestros jóvenes andan perdidos, sin encontrar

su camino, realmente no tienen claro quiénes son y lo que quieren para sí mismos en el futuro.

Me pregunto el porqué de las guerras injustas y despiadadas, de pueblos oprimidos por el capricho de un solo hombre, de las terribles hambrunas azotando a países enteros, impresionantes catástrofes naturales, cebándose siempre en los más débiles, personas que son capaces de segar vidas humanas inocentes solamente por defender una determinada ideología....

Madre querida, te confieso, que a veces es difícil mantener animoso y firme el espíritu. Sobre todo, cuando, en esos momentos de debilidad alguien que se declara agnóstico o ateo te pregunta malintencionadamente y con sorna indisimulada: ¿Oye, dime, y tú que eres creyente, cómo puedes explicar que Dios permita tantas desgracias y calamidades? Todos conocemos la respuesta, pero cuando alguien pregunta algo así, es de sobra sabido, que es inútil responder, sería una solemne pérdida de tiempo, sería tanto como sembrar el grano en pura piedra en vez de terreno fértil.

Sin embargo todo esto Madre, insisto, a veces produce un gran desánimo.

Por eso hoy quisiera pedirte tu apoyo, tu fuerza, Madre, haznos visible tu ejemplo. Señora, necesitamos un nuevo Pentecostés, aquella lengua de fuego que encendió el espíritu de lucha de los discípulos de tu Divino Hijo e hizo desaparecer el temor de sus atribulados corazones. Lo necesitamos, porque creo que los creyentes no debemos quedarnos indiferentes ante éste estado de cosas, debemos pasar a la acción, debemos hacernos visibles, lucir orgullosos los símbolos de nuestra creencia y no sólo en Cuaresma y Semana Santa, debemos hacernos notar por nuestra

actitud, por nuestra forma de expresarnos, de realizar nuestra labor diaria, de relacionarnos con los demás, debemos hacer en suma, cada día de nuestra vida una notoria apología de nuestra religiosidad cristiana.

Son tiempos de lucha para el cristiano, de lucha incruenta, por supuesto, pero lucha al fin y al cabo. Nos enfrentamos a un enemigo poderoso con enorme poder económico, político y mediático, que está empeñado en que nuestros hijos crezcan sin conocer a Dios. Pero, desde aquí les digo, desde ya, que pierden el tiempo, porque que no lo va a conseguir.

Las cofradías y Hermandades son y deben ser nuestros cuarteles, (así se les llama por cierto en algunos pueblos de Andalucía Occidental, a las Casas de Hermandad), deben convertirse en nuestros particulares centros de adiestramiento y doctrina donde preparemos nuestro apostolado personal y nos cuidemos de mantener en nuestros jóvenes completamente vivos los más elementales conceptos, los más básicos pilares de la convivencia humana: el amor, la caridad, la educación y el respeto. Teniendo siempre como espejo y ejemplo de esas virtudes a nuestro Señor Jesucristo y a su Santísima Madre.

Hermanos de la Venerable Hermandad de Nuestro Señor de la Resurrección y Santa María del Triunfo, os animo a que os convirtáis en el cuartel general de ésta ilusionante revolución que os propongo. La amplitud y hermosura de Vuestra Sede Canónica y vuestra Casa de Hermandad os hacen acreedores de semejante honor. Pero sobre todo lo merecéis por vosotros mismos, por vuestro admirable espíritu de lucha y fundamentalmente por vuestra nómina de hermanas y hermanos, personas extraordinarias e incansables. Y no lo digo

gratuitamente, no lo digo para hacerme simpático a vuestros oídos, nadie me lo ha contado, yo lo he comprobado con mis propios ojos. Yo os he visto organizando eventos, yo os he visto trabajando de forma animosa y desinteresada, dando lo mejor de cada uno, sin jerarquías, sin cadenas de mando, todo espontáneo, natural y sencillo, todo por la Hermandad y por vuestros amados titulares.

Así se comprende, cómo es posible que llegarais a tener, en tan corto periodo de tiempo, un patrimonio tan importante, de tanta calidad y belleza y que pudierais, afortunadamente, recuperarlo de forma tan eficaz como esforzada, después de aquel desafortunado incendio, como el ave Fénix que resurge orgullosa de sus cenizas. Queridos hermanos, creedme si os digo, que, a pesar de vuestra juventud, hay realmente mucho que aprender de todos vosotros.

De cualquier manera, no quiero ni puedo pecar de candoroso e ingenuo. A pesar de todo lo que os digo imagino que existirán diferencias y disensiones internas. No importa, todo el mundo las tiene, es algo connatural al ser humano y al curioso y peculiar mundo de los cofrades. Pero os pido que no permitáis nunca que ello llegue a imponerse a vuestra esencia, a vuestra auténtica condición, a vuestro hermoso espíritu fundacional. No permitáis nunca que la Hermandad se convierta en el juguete particular, ni en la plataforma de reafirmación personal de nadie.

Un año más, si Dios así lo permite, vuestra estación de penitencia saldrá de nuevo a las calles de Granada para poner brillantísimo broche de oro a nuestra impresionante Semana Mayor.

Un año más, un hermoso cortejo de hábitos blancos, como si de un níveo glaciar humano que de nuestra sierra bajara hasta el valle se tratara, inundará de belleza y felicidad nuestros corazones.

Monaguillos, acólitos y ciriales, que entre navetas, carboncillos y cabos de vela, aprenden las tradiciones de sus mayores; penitentes y mantillas, que elevan sus silenciosas oraciones al cielo mientras caminan solemnes acompañando y alumbrando a las imágenes de sus amores; músicos costaleros, capataces, contraguías, a las órdenes de sus diputados y fiscales, que sacrifican ese momento íntimo de oración en aras de la técnica, el esfuerzo y el virtuosismo personal, que otorgarán la brillantez necesaria a la estación penitencial. Todos ellos volverán a escenificar un maravilloso acto de piedad cristiana, una auténtica demostración de amor sincero y desmedido a una advocación, a una representación de nuestras creencias, a un dogma de Fe.

Propios y extraños volverán a quedar admirados ante la perfecta armonía de colores, de olores, de sonidos, de arte, respeto, esfuerzo, sacrificio y emocionada devoción que vuestra salida procesional representa.

Este año 2010, éste importante acontecimiento será proclamado y publicitado a través de un magnífico cartel cuya contemplación provoca, al menos en mi, una enorme oleada de pensamientos y palabras de admiración.

Es una imagen de una belleza estética extraordinaria, con un encuadre muy original e inspirado, salido de la buena técnica,

dominio de la luz y saber hacer del fotógrafo granadino Sergio Aguayo.

Llamativo y novedoso me resulta el hecho de que la Pascua de Resurrección se anuncie, no con la imagen del resucitado precisamente, si no con el de su Madre. Así debe ser.....nada hubiera ocurrido si no hubiera sido por ella, todo comenzó en ella, todo se lo debemos a ella, a mi corazón vuelve la letra de aquella canción que cantaba con mis compañeros de los Maristas, en las fiestas de Mayo, “gracias Madre, por haber dicho que sí.”

Es la imagen de una mujer coronada y ataviada con el esplendor y la riqueza que merece una reina, bella, hermosa, triunfante, tranquila y satisfecha por que todo se ha cumplido siguiendo los indefectibles designios del Padre. Su mirada baja y humilde, su felicidad contenida apenas se vislumbra y adivina a través de sus marcadísimos y hermosos labios que se antoja, parecen querer esbozar una leve sonrisa.

Plateada azucena de pureza en su mano izquierda, símbolo universal de su virginal naturaleza.

Las cruces sobre su pecho y cinturilla son el único recuerdo de los amargos días de sufrimiento, junto a la candelería que detrás se adivina y la profunda oscuridad de la que surge su bella figura. Contraste y claroscuros de enorme potencia visual, que fijan la atención del espectador y que me traen a la memoria los increíbles efectos de luz de algunas de las obras maestras de mis admirados pintores holandeses, Rubens, Rembrandt o Van Dick.

Deseando estoy poder ver éste impactante cartel en los lugares, calles y rincones más cofrades de Granada, recordando a todos que nadie puede faltar, el Domingo de resurrección, a su cita con Santa María del Triunfo, que nadie puede dejar de acompañar en su estación penitencial a la reina de los Vergeles, la joya de la corona de la Semana Santa de Granada.

En mi casa, ésta imagen ocupará, os puedo asegurar, un lugar privilegiado y de honor, como recuerdo imborrable de la satisfacción y la felicidad que el permitirme pregonar a vuestra Hermandad a producido en mi corazón y en mi vida.

Que Dios os bendiga a todos por ello.

He dicho.

Granada 13 de Marzo de 2010

D. Miguel Campos García

